

Caminar de espaldas, avanzar hacia atrás, es regresar a la fuente de las casas, al origen del pecado, al propio misterio de los genes. Y no hay otro camino, para explicar y ver diáfano lo que hoy no tiene luz ni sentido, que ahondar en el tiempo. Al fondo de él, encontraremos la "razón de ser" enigmática y confusa ahora, pero descuartizada y sangrante cuando ocurrió.

El hombre y las sociedades en eso son iguales. Su hoy presente viene caminando desde ayer, quizás desde anteayer, tal vez en una singladura iniciada en el nacimiento. Esa hipótesis nos define el sentido para determinar nuestro complejo irreversible, la situación de entiesamiento en que vemos caído el ejercicio de nuestra florida, fragante y fácil democracia de ayer. Revisemos, pues, el certificado de delincuencia.

Tenemos que aceptar que el nudo debe poseer una fecha, una partida de nacimiento; una testificación notarial. De otra manera no habría tenido la personalidad jurídica para su vivencia y su vigencia, tras un recorrido de treinta años. Fue un pecado que el principio no arrancó ni una gota de sangre. ¿Los hubo anteriormente? Los hubo, pero la Providencia se encargó de tomar a la patria de la mano y enseñarle el buen camino, el firme y despejado. Aquel primero se hizo presente al comienzo del siglo. Ante la duda, el Ejecutivo exportó a cuatro e impuso a uno. Corrían vientos de fortuna y el impuesto formuló las más puras y democráticas actitudes de gobernante. Le había tocado en suerte a la sociedad, que un hombre, "nacido descalzo", diera al país la definida estructura de una "manera", de una "actitud", válidas para todo un largo período. Dos varones mayores y otros menores discípulos mantuvieron la gran escuela, el claro ejercicio. Más que una República, parecía una academia de filósofos griegos hablando al atardecido por los jardines o en el propio ágora. En la mitad, en el punto equidistante del principio y fin del periplo, ocurrió lo que sí trajo desventura. La política de escritorios, la componenda, sentó en la silla magistral no a los fusionados vencedores, sino a un tercero, empujado por el lobo. No duró mucho, pese a su atrevido esquema tributario que significaba un gran paso en el mundo moderno perfilado ya. Vino una época de mano dura y las maestras, los estudiantes y el mismo pueblo —entonces el pueblo eran unos caballeros de corbata y unos obreros sucios de cal y carboncillo— se encargaron de mover los cimientos. Un fognazo en la noche joven, puso término a la violencia de los bandos antagónicos. Se restableció la cordura



• José Marín Cañas

La democracia anquilosada.

"El nudo"

y la democracia intentó surcar las aguas bajo el mismo signo con que había nacido al comienzo del siglo.

Así llegamos al año cuarenta, de grandes estructuras sociales, novedosos códigos protectores, apertura hacia ambiciosos planes universitarios. Fue una labor en la que también tomaron parte y muy importante, gente de pro y letras con calor de reformadores, anunciando las nuevas teorías —ya refritas en Europa y a punto de congelarse— pero no así en la apacible aldea central de la Patria. Fue una época de calistenia, de aportación mental del organizado, combativo y minúsculo partido comunista, que logró pactar con la iglesia, atraída ingenuamente, al fuego de las reformas sociales que los Papas tenían ya en sus mensajes. El calor de la lucha, el entusiasmo de un futuro amplio y profundo, incubó, engendró la idea del "continuismo". Emergía en el fondo más íntimo de la Patria, un forúnculo tenaz, cuya erradicación iba a requerir cirugía de emergencia.

Está bien que los esquemas monárquicos y marxistas-leninistas estén diseñados sobre una indefinida permanencia de poder. Pero en la República democrática heredada de los abuelos, el planteamiento fundamental, es el libre juego democrático del poder y el parejo derecho de todos los ciudadanos a él. En la contienda del 44, fue burlado el vencedor en aras del "continuismo" y por el "bien común" de las innovaciones. El país calló y guardó compostura, como lo exigiera el derrotado en desorbitado fraude de tamaño hipopotámico y burdo estilo.

El ejercicio del nuevo poder, al que había subido un ciudadano ilustre, profesor de méritos y hombre de letras, se caracterizó por el advenimiento de una sombra tras de la silla, como un sibilino mentor de omnipresencia insoslayable. Al llegar al cuarenta y ocho, la idea del "continuismo" estaba fresca y remozada por el fraude deslizado cuatro años antes. Pero ya el forúnculo era muy profundo y afloraba un absceso. Con cirugía mayor y a tiros, se erradicó el mal. De toda aquella gesta que no debe ser olvidada, porque el país es de hombres —y no de niños, mujeres y ancianos —quedó una "metastasis" del forúnculo, a la manera de un posible sárcoma, que repetía los mismos síntomas del "continuismo".

A flor de piel, todo aquello había producido en los músculos inmediatos un endurecimiento heredado por falta de acción. Tenía la forma de un absceso cerrado, pero vivo. Parecía un nudo irreversible e indesatible. Podía, incluso, alcanzar el diagnóstico de una urgente biopsia.

Tal cuerpo extraño imposibilita el libre juego de los partidos. Detiene la agilidad para una pelea racional y calibrada. Retrograda el diáfano, manso y limpio ejercicio democrático nacional, como lo soñaran los carpinteros que lo soñaron, a un estancamiento que se llama "partido único". Una inmensa cantidad de ciudadanos estaba agarrotado, (incapaces e inválidos) ante el nudo dramático que la patria padecía y la aherrojaba, maniatándola.

Necesitaremos cortar el tumor al centro, erradicándolo en un gesto patriótico, justiciero, solemne y necesario. Si alguna vez es exigente la objetividad, es ahora. Es hoy. El tiempo urge y la república debe tener claro el perfil de su futuro. En estas amargas fechas el costarricense siente que ha perdido el derecho a construirse a su entender y juicio, el mañana próximo, sobre el que caminarán y lucharán sus hijos. Y esto es su orfandad actual! Pero la vivisección la haremos en el 47, próximo y último.